

JAVIER BURRIEZA



PREGÓN 2013

Semana Santa
Medina de Rioseco

PREGÓN DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2013

Javier Burrieza

© Junta Local de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: «Nuestro Padre Jesús atado a la columna» (Fernando Fradejas de Castro)

Imprime: Gráf. Gutiérrez Martín. Cobalto, 7. Valladolid

Depósito Legal: VA. 187.-2013

PROCLAMA

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu Santo, para sufrir la Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de pregonar y proclamar por Rúas y Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa, mayordomos y hermanos de las cofradías penitenciales, han acordado, ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad que hoy, Sábado de Dolores veintitrés de marzo, Santo Toribio y Santa Rebeca, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santa María de Mediavilla, a las veinte y treinta horas, y ante la imagen penitencial de «Nuestro Padre Jesús atado a la columna», para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el ILMO. SR. DON JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ, Doctor y Profesor de Historia Moderna por la Universidad de Valladolid. Académico Correspondiente de la Real Academia de Doctores de España. Investigador en el conocimiento de las Manifestaciones Religiosas Populares y Tradicionales. Escritor. Colaborador en diversos medios de Comunicación Social.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, DON ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del décimo tercer año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Ítem más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y pedimos oraciones para que Su Santidad el Papa, vicario de Cristo en la Tierra, pastoree con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia trigésimo octavo del Reinado de Juan Carlos I.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2013

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACIÓN

Con licencia del Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, Rvdo. Padre Don Juan Carlos Fraile San Miguel:

Ilmo. Sr. Alcalde de Medina de Rioseco.

Sr. Pregonero.

Consejeros del Común.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Venerables Cofradías, Gremios, y Hermandades de Penitencia y Pasión.

Mayordomos... Señoras y Señores:

*A veces no nos dan a escoger entre las lágrimas y la risa,
sino, solamente, entre las lágrimas.
Por ello, hay que saber decidirse por las más hermosas.*

MAURICE MAETERLINCK

Sean bienvenidos.

Con su benevolencia, en los prolegómenos de este acto principal de Semana Santa, en momentos tan solemnes, permítanme dirigir unas palabras a unas personas que, hasta hace poco tiempo, pusieron su ilusión, su trabajo y amor, siempre con satisfacción, a la Semana Santa y por ello, a Medina de Rioseco.

Dejaron parte de su tiempo, su vida en familia, para SERVIRLA, siempre de forma generosa y altruista (lo que no es muy normal en los tiempos que corren).

Por ello y para ellos, quiero comenzar este acto haciendo público el agradecimiento y la felicitación a todos ellos por el trabajo realizado, en nombre propio, de la Comisión Permanente y el de las distintas Cofradías penitenciales que conformamos la *Junta Local de Semana Santa*.

En primer lugar a MARIANO RAMOS SÁEZ: VICE-PRESIDENTE que fue de la Junta Local de Cofradías quien, después de 12 años ocupando dicha responsabilidad y otros tantos, en épocas anteriores, donde ocupó otros cargos, una vez cumplido el tiempo reglamentario que establecen nuestros Estatutos, voluntariamente, cesó el pasado año 2012.

MARIANO: Debes estar orgulloso por lo que has hecho y dado a nuestra Semana Santa durante todo ese tiempo en que has tenido distintas responsabilidades en la Junta de Cofradías. Has cumplido, siempre, de forma leal y fielmente con aquello que amas, gustas y defiendes: *SEMANA SANTA. Tu Semana Santa. La de todos nosotros.*

Cofrade de la Hermandad del «*Santo Sepulcro*», compañero, es y eres, sobre todo, amigo. Sean estas palabras de gratitud y felicitación para ti y tu familia quien, con su apoyo y comprensión, permitieron que dedicaras una parte importante de tu tiempo a *SERVIR a los demás*, buscando así lo mejor para la Semana Santa rioseca.

¡¡GRACIAS!!: MUCHAS GRACIAS.

* * *

Así mismo, la *Junta Local de Semana Santa*, queremos agradecer a ANTONIO CONCELLÓN LAÍZ, Hermano del «Santo Cristo de la Paz y de los Afligidos», su dedicación y el trabajo desarrollado durante tres años, al ocupar el cargo de SECRETARIO en la misma, concientes del esfuerzo añadido que le supuso al residir habitualmente en Valladolid y tener que desplazarse hasta aquí cuantas veces fueron necesarias, para cumplir con la responsabilidad que, voluntariamente, había adquirido al ocupar cargo tan importante. Responsabilidad en la que cesó, a petición propia, el pasado año después de haber cumplido el tiempo para el que fue elegido, conforme con lo estatutariamente establecido.

Que estas palabras sean de gratitud, en la seguridad de estar transmitiéndote el sentir de nuestros conciudadanos, a quienes has «servido» durante los años en que desarrollaste tu responsabilidad, siempre desde el *sentir, en su defensa y con el fin de divulgar* aún más, si cabe, la Semana Santa de Medina de Rioseco.

¡¡GRACIAS!!

* * *

En último lugar, pero no por ello menos merecido y sentido, quiero (*queremos*), hacer mención y tener un recuerdo especial a un riosecano, un cofrade, un compañero, un amigo, con el que hemos compartido, codo con codo, mucho tiempo y esfuerzo, alegrías y penas, incomprensiones y, por que no decirlo, ingratitudes de algunos, compensadas a veces con el reconocimiento de otros muchos más, quienes supieron valorar el servicio prestado a la Semana Santa, desinteresada y altruistamente, durante más de 16 años.

Esta persona era (sigue siendo para muchos de nosotros), VICENTE VALENTÍN MARTÍN DIEZ: TESORERO de la *Junta Local de Semana Santa*, Hermano de «La Oración en el Huerto» y del «Santo Cristo de la Clemencia».

De manera inesperada y aún no asumida, acudió a la llamada que el Señor le hizo, para reunirse con Él. Le llegó ese momento final que todos queremos que sea lo más tarde posible, dejándonos «al pie del cañón» en esos momentos intensos de preparación y «puesta a punto» de todo lo relacionado con el buen funcionamiento de los Actos y Procesiones programados para conmemorar nuestra Semana Mayor.

Estos son momentos duros y difíciles para mí, momentos en los que me cuesta articular y expresar mis palabras, por lo que les pido disculpas. Han sido muchos los años de trabajo compartido, intercambio de opiniones y conversaciones mantenidas, preocupaciones por hacer las cosas lo mejor posible y que todo saliese bien. A veces desde la discrepancia, pero siempre desde el diálogo y el respeto mutuo, poniendo por encima de todo, y de todos, el sano fin de conseguir lo mejor para la colectividad, es decir, *para la Semana Santa Riosecana*.

Begoña, Elisa, Alejandro, y demás familiares: en reconocimiento a todo lo hecho y aquí se ha dicho de vuestro esposo y padre, Vicente, recibid el reconocimiento y total agradecimiento de todos nosotros y, por supuesto, el de nuestra SEMANA SANTA. *Su tan querida SEMANA SANTA*.

VICENTE:

¡¡MUCHAS GRACIAS, ALLÁ DONDE TE ENCUENTRES!!

* * *

Hace días, comenzaron las actividades programadas para esta Semana Santa 2013: Conciertos de Bandas de cornetas y tambores; Conferencias; viajes a distintas ciudades en donde promocionarla, etc. Por primera vez, con motivo de la declaración de 2013 como Año de la Fe, por el Papa

Emérito Benedicto XVI, (ejemplo de sencillez, responsabilidad y amor al prójimo), hemos colaborado con la Parroquia de Santa María y Santiago para, con nuestros pasos reunidos en el Corro de Santa María, hacer realidad la Proclamación de esa Fe por parte de las distintas Hermandades penitenciales junto con el resto de ciudadanos de nuestra Ciudad. Con ello, hemos dejado constancia de nuestra Fe en Cristo, Muerto y Resucitado, dando fiel testimonio de ello.

En el día de hoy, el Pardal y tapetanes, con su ronco sonido y al redoble seco de palillos, han recorrido las viejas calles y plazas de nuestra Ciudad, convocando a concejo al pueblo llano. Su puntual y reiterada llamada en estas fechas nos recuerda que, un año más, con puntualidad espartana en el tiempo, como ya es tradicional, iniciamos oficialmente nuestra Semana Santa, siendo este momento, el del Pregón, quien abre las íntimas puertas del corazón para hacer pública manifestación de nuestros sentimientos semanasanteros.

De esta sencilla manera, comenzaremos esos ocho días de profundo e intenso peregrinar. Mantendremos la tradición heredada y seremos circunstanciales protagonistas de momentos tan señalados uniéndonos al Protagonista principal: *CRISTO en su Pasión, muerte y resurrección.*

Enseñaremos a quienes así lo deseen nuestro rico patrimonio: los pasos, sus importante y únicos conjuntos esculturales salidos de insignes manos de maestros imagineros, reconocidos y valorados en el tiempo pasado y actual. Con ellos, nuestro pasos, seremos mensajeros y catecismo vivo de Fe, que pueda ser contemplado en nuestras calles: *¡Es SEMANA SANTA en Rioseco!*

Al regazo de su torre, en esta iglesia de Santa María de Mediavilla, las Varas mayores de la 17 Cofradías penitenciales de nuestra ciudad, portadas por sus Mayordomos y al amparo de los sonidos de «La Lágrima», himno oficial de la Semana Santa, han atravesado el gótico dintel de su puerta y han hecho acto de presencia para unidas, al amparo de la Vara Mayor, presidir este Acto pregonero.

Ante el santo paso de «JESÚS ATADO A LA COLUMNA», todos ellos, junto a las Autoridades locales, provinciales y regionales; hermanas y hermanos de las distintas Cofradías; riosecanas y riosecanos; amigos y visitantes que nos acompañan en día tan señalado, en silencio, con respeto y atención, nos disponemos a escuchar la palabra del Ilmo. Sr. Don JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ, quien a continuación, pronunciará el tradicional, prestigiado y prestigioso, *Pregón de Semana Santa-2013.*

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ, es una persona ilustre, amante reconocido de todo aquello que sea y se desarrolle alrededor de lo que son las manifestaciones religiosas populares, como son las diferentes procesiones de los patronos de nuestros pueblos y ciudades y, como no, de la Semana santa, allí donde ello esté presente y tenga el reconocimiento popular y tradicional necesario. Es historiador, Doctor en Historia y profesor- investigador en la Universidad de Valladolid.

Nacido en 1974 dentro de una familia de cofrades por generaciones (por cierto, familia que tenía lazos como tal en Medina de Rioseco con otra muy conocida de Medina de Rioseco). Discípulo del historiador Teófanos Egido López, personaje este estrechamente relacionado con la Compañía de Jesús, lo que hace que BURRIEZA sea un prestigioso especialista de la trayectoria de esta Orden religiosa.

Participa en distintos medios de comunicación social, tales como en prensa («El Norte de Castilla»; revista «Ecclesia»); radio (cadena COPE) o en la T.V regional, participando en distintos programas de análisis, divulgación y coloquio, referentes a las distintas manifestaciones de Semana Santa, en Valladolid y su provincia.

Su producción histórico-literaria es profusa, abundante y variada, habiendo escrito hasta estos momentos, dieciocho libros. Ha participado en diferentes revistas, siendo colaborando habitual en nuestra revista de Semana Santa. Es autor de interesantes y variadas monografías sobre temas relacionados con la semana santa, tales como «Cinco siglos de Cofradías y Procesiones. Historia de la Semana Santa en Valladolid», o, «La Semana Santa en Castilla y León».

En el año 2005 fue premio de investigación «Provincia de Valladolid» Más tarde, nombrado académico correspondiente de la Real Academia de Doctores de España- sección Teología. Ha sido pregonero de la Semana Santa en diversos pueblos y ciudades de nuestra provincia, así como en distintas Hermandades penitenciales de Valladolid capital.

Nuestro pregonero es un gran amante de Medina de Rioseco, lugar al que gusta venir y pasear por sus calles, recorrerlas detenidamente, «saborrearlas» en profundidad y contemplar, una vez más, como ya lo hiciera por vez primera en el año 1986, la Semana Santa, esta nuestra Semana Santa, tan tradicional e importante.

De todo lo dicho es claro deducir que es un escritor castellano, o un castellano escritor, que ama a esta tierra, la suya, la nuestra, y que pone su labor

intelectual al conocimiento y divulgación de nuestras procesiones, por lo que, en este año, nuestro pregonero es un vallisoletano, casi, casi, riosecano, historiador y conocedor de lo que significa ser COFRADE.

Después de lo dicho, en nombre propio y en el de la Junta de Cofradías, amigo JAVIER, quiero agradecer tu presencia en esta vieja Ciudad de los Almirantes de Castilla y darte las gracias por aceptar el encargo que en su día te hicimos para que fueses quien pregonase nuestra SEMANA MAYOR.

Con estas palabras, respetuosa y gustosamente, te cedo el uso de la palabra para que, con tu verbo seguro, profundo e ilustrado, nos hagas llegar, por medio del Pregón, un mensaje de amistad, convivencia y fe, dando así continuidad a la secular tradición que nos une.

Que tus palabras sirvan como preparación de lo que acontecerá en estos días, nos hagan recordar y conmemorar, un año más, los profundos y dolorosos momentos vividos hace siglos por nuestro Cristo-Dios, tan esplendorosamente significados y resaltados en SEMANA SANTA:

La SEMANA SANTA de MEDINA DE RIOSECO.

¡¡MUCHAS GRACIAS!!

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE
Presidente de la Junta de Semana Santa
Marzo de 2013

**PREGÓN DE SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO - 2013**



Foto: Ángel Cantero.

El pregonero, Don Javier Burrieza.

«**E**s de noche. Es la noche de aquel día en que, mientras gemía un hombre en la cruz, el sol se oscureció, tembló la tierra y las estrellas alumbra- ron. El pueblo conmemora el suceso, con mística, solemne ceremonia. Por una calle estrecha, empinada y tortuosa suben los pasos entre dos filas de luces descompuestas, a través de los cristales coloreados. En la plazuela donde la calle termina se agolpa el gentío con un sordo rumor que se pierde en el silencio de la noche. La música lejana suena como un lamento de ago- nía. La plazuela es el atrio de gótica iglesia, cuyas finas agujas rasgan, osadas, el horizonte, ahora oscurecido por las sombras nocturnas. La pro- cesión avanza con aire de desmayo y ante el pórtico recamado de pétreas filigranas se detienen los «pasos» enormes que soportan los hombres ner- vudos, de caras sudorosas y atléticas formas. No es la fe sola la que trans- porta estas montañas del arte religioso; es también el prurito de un patriótico orgullo por la solemnidad excitada»¹.

Con estas palabras escritas y publicadas en «El Norte de Castilla» en 1906, el abogado Justo González Garrido presentaba a los lectores vallisole- tanos la grandeza, la peculiaridad, la austera solemnidad, el lenguaje propio, de la Semana Santa en la vecina Medina de Rioseco. Fue aquel un esfuerzoregonero del que hoy es el decano de la prensa española, páginas en las que actualmente tengo la dicha de participar y de continuar, con muchos menos merecimientos, las letras que nos regalaron nuestros mayores. Páginas, que en estos días han estado al servicio de dar a conocer la manifestación popu- lar y de fe de los que nos han precedido, de lo que aportamos nosotros en nuestro tiempo actual. La palabra escrita al servicio de la esencia de la tie- rra. La palabraregonada que deseo sirva para dar fruto, «lanzar mi pregón para que a visitarnos vengan» que diría Jesús María Reglero y llegar hasta los oídos de muchos que no solamente esperan sino que también tienen que descubrir lo custodiado por la memoria y convertirlo en realidad cuando el invierno se extingue y la primavera comienza a nacer. Palabraregonera para los que aman, viven con intensidad y cuentan con más autoridad que yo para hablar de esta Semana Santa, porque su existencia se la ha otorgado, exhortándoles a que la celebración siempre tenga más realidad que nombre.

Vara Mayor, Ilustrísimo señor Alcalde de la Ciudad de Medina de Rioseco, Reverendo Señor Cura Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Oficiales de la Junta Local de Semana Santa, Mayordomos de las Hermandades, Hermanos cofrades, riosecanos, vallisoletanos y gentes que habiendo oído la Proclama habéis acudido a este templo. Dios les dé
SALUD Y GRACIA.

Sabed que me siento muy honrado y comprometido, con el oficio que el Vara Mayor de esta Junta de Semana Santa me ha encomendado, de pregonar a los que se encuentran en esta iglesia parroquial de Santa María de Mediavilla, a los que vienen de camino y a los que están próximos, las celebraciones de Pasión, la grandeza de los pasos, procesiones y cofradías de Medina de Rioseco, señorío natural de los Enríquez, almirantes de Castilla y condes de Melgar. Un regalo en la vida de un vallisoletano que ha pensado siempre, y no por mor de la ocasión y la circunstancia, que para sentirse plenamente como tal –vallisoletano– es menester apreciar, percibir, amar la belleza de esta tierra, el espíritu secular de sus gentes, la nobleza de su alma. Confieso mi predilección por estas rúas de Rioseco, por estos campos de los Torozos, por los perfiles de estas iglesias, por la historia de esta Medina que brota de los viejos reinos de León y de Castilla.

Sucedo, pues, en esta tarea a notables escritores, gentes del periodismo y de la comunicación, de las letras en Castilla, músicos, políticos, profesores universitarios y notables predicadores y oradores de la cátedra sagrada, amén de ilustres cofrades, tomando el relevo, año a año, de lo que perfiló en el horizonte de los Torozos el escritor y periodista Félix Antonio González, que pronunció la primera de estas piezas literarias en 1958 y empezó a quitar «el freno de mano al corazón». Todos hemos sido llamados a la noble tarea de proclamar a los cuatro puntos cardinales, con palabras meditadas, cuidadas y sentidas, la celebración de una peculiar liturgia en esta ciudad, así titulada por su Majestad Católica Felipe IV en 1632. Agradezco la presencia de los que me precedieron en estas tareas y hoy se encuentran en este templo y elevo mi recuerdo para los que se han ido, maestros que nos enseñaron a amar la tierra a la que nos consagramos y por la que laboramos. Permítanme resaltar desde estas primeras palabras la ilusión que uno de ellos siempre me manifestó porque yo estuviera aquí tal día como hoy, el recordado Godofredo Garabito, que contribuyó a la difusión de esta Semana Santa a través de sus inquietudes y de sus versos:

*«Yo no sé en qué pinar habrás nacido
ni qué árbol te tuvo en su madera.
Yo sé que tu dolor en primavera
se torna en Redención de gozo herido»².*

El pregonero que les habla nació en el Valladolid secular de las procesiones y cofradías, en una familia en la que durante generaciones, los que me precedieron han manifestado sus devociones por los «santos de palo» de la Pasión de Cristo. Estas amadas tierras vallisoletanas son un ámbito único para la celebración de la Semana Santa. Pocos lugares de España, y por ende del mundo, pueden mostrar actos tan tradicionales, cargados del sabor repetitivo y no cansino de los siglos, acompañados de una imaginería sin par, nacida de la piel de la tierra, de la madera de los árboles que dan vida a los campos y a las riberas de los ríos.

En ese ámbito de lo pequeño que educa al niño que crece, existía en mi infancia familiar una mujer riosecana que siempre fue entre sus parientes vallisoletanos una auténtica embajadora de su tierra: se llama desde hace más de un centenar de años Salud Manso León, prima de mi abuelo materno. Perteneciente a una familia que encontró en estos lares el espacio para laborar, vivir y también rezar, desde su primera casa de la calle de San Juan, con sus padres; pero también haciendo producir a la tierra desde aquel «Caserío Manso» de la carretera de Villaesper que pude conocer en mi infancia. La que ha sido viuda de Benigno Aragón nos visitaba en Valladolid y nosotros acudíamos a su casa, de sabor decimonónico, en la Plaza Mayor. Nos recibía con su simpatía, con ese particular tono en el hablar, subrayadas las palabras con sus cariñosos abrazos. Aprendí entonces que todo se debía hacer ritualmente en Rioseco, pues cuando ella acudía a nuestra llamada en la puerta y preguntaba quién era, mi padre siempre la respondía con idénticas palabras: «gente de paz», buena «gente de paz» de Castilla.

María Salud insistía a mis padres que aquel jovencito que le gustaba tanto la Semana Santa debía conocer la de Medina de Rioseco. Y así lo hicimos. Recuerdo perfectamente la primera procesión que contemplé. Ella salía devota, como hermana de luz, junto a su hijo, en la cofradía del Nazareno de Santa Cruz, iglesia cercana a su casa, santuario desde antiguo de los comerciantes riosecanos. Después, gracias a mis estudios de historia y a mi profesión de investigador y profesor, he aprendido a apreciar todo lo que significa y atesora la Ciudad de los Almirantes, necesitando pisar de vez en vez sus rúas, refugiarme en sus soportales, reencontrarme con sus pasos, portarlos incluso sobre mis hombros enjutos cuando éstos regresan a Santa Cruz, en ese encantador traslado de la Octava de la Pascua y comprobar en mis tres hijos, que Rioseco forma parte ya de sus percepciones como «buena gente de paz de Castilla».

Recuerdo lo privilegiado que me sentí cuando, con motivo de la Coronación Canónica de la Virgen de las Angustias de Valladolid en 2009 y al dirigir como comisario la exposición «Civitatis Domina», pude contar en la misma con la participación de la magnífica talla de la Dolorosa riosecana, gracias a la generosidad de sus cofrades. La muestra estaba dedicada al éxito iconográfico y devocional que Juan de Juni supo crear para plasmar el dolor de María tras la muerte de su hijo, pudiendo reunir grandes imágenes que sobre este tema se encargaron para las Semana Santas de Medina de Rioseco, Salamanca, Astorga o Becerril de Campos³. Al finalizar la exposición, la última noche antes del regreso a sus respectivos altares, todas estas magníficas obras se reunieron en el templo vallisoletano de las Angustias para garantizar su mayor seguridad. Su salida hacia sus lugares de procedencia se iba a producir muy temprano, a las seis y media de la madrugada y yo permanecía intranquilo en aquella noche ante la responsabilidad de su cuidado. Mi amigo y cofrade Agustín Paíno quedó encargado de darme aviso de su partida. Al amanecer pude leer un encantador mensaje que me tranquilizó pero que también me describió el ambiente nocturno que se había vivido, imaginariamente, en aquella noche en la iglesia de las Angustias: «*acaban de salir las Vírgenes hacia sus destinos. Todo correcto. Tenían muchas cosas que hablar entre ellas*». Aquellas palabras dibujaban muy bien el realismo y la vida que nosotros, apoyándonos en el buen hacer de los imagineros, concedemos a estas obras de arte en madera, formando parte de nuestra existencia porque nos conducen hasta lo más profundo de nuestra alma, hacia ese espacio de encuentro con el Dios que nos ama.

Por eso, he deseado que este acto, que me ha llenado de ilusión desde que recibí la responsabilidad de realizarlo y que me convierte en uno de vosotros, fuese presidido por esta imagen de «Nuestro Padre Jesús atado a la columna», el popular «Ceomico», del que se muestra tan devoto nuestro cardenal Carlos Amigo Vallejo. Con esta imagen, quiero homenajear todo vuestro patrimonio procesional, custodiado en el arca de la identidad de la ciudad, convertida en realidad física por los auténticos evangelistas que nos han enseñado a los castellanos a percibir la grandeza del sufrimiento de Dios para con nosotros:

*«Cimiento de la paz y la alegría,
punto de apoyo de la vida clara,
tu espalda pagó el precio de la mía.
¿Y aún me resisto a contemplar tu cara?
¿Y aún puedo dar de lado tu agonía?
Loco sería yo si no te amara»⁴.*

En el horizonte apareces tú, Rioseco, una vez trazada la curva de ballesta del camino que me trae por los Torozos desde mi cotidianidad. Las siluetas de las torres, entre la nieblina de la luz de lejanía, me hace sentir la alegría del encuentro, la entrada en tus esencias, convirtiéndote en mi imaginación en aquella Jerusalén de Castilla donde habría de discurrir esta historia de la Salvación. Todo Rioseco es un Evangelio que han sabido leer sus habitantes, con naturalidad y sin que fuesen menester grandes explicaciones. La ciudad entera, con su monumentalidad y lenguaje artístico, pudo haber anunciado la llegada de un Mesías encarnado en una Virgen llamada María. Y ella, confundida al principio, feliz después, se descubre en estado de expectación desde lo alto del retablo del convento de San Francisco... María, mientras leía el libro que sujeta con los dedos alargados de su elegante mano derecha, no pudo imaginar el plan que Dios tenía para ella y para el Hijo que llevaba ya en las entrañas por voluntad divina: *«Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo; Oh Sol, que naces de lo alto, resplandor de la luz eterna; Oh Rey de las naciones y deseado de los pueblos... Ven a salvarnos»*⁵. María de la O, soñada por Luis Salvador Carmona, custodiada por sus padres, Joaquín y Ana, en aquel mencionado retablo del convento de San Francisco, cuna de cofradías, grandioso y espléndido... Joaquín y Ana, aquellos que habían concebido a su hija tras su Abrazo de la Puerta Dorada en el lugar de los Benavente, «capilla sextina de Castilla»; aquella que es bienaventurada porque ha creído, concebida sin Pecado Original como la plasmó Juan de Juni en el retablo que le encargaron los herederos de Álvaro de Benavente, según había dispuesto en su testamento este mercader y cambista que había nacido en Rioseco y se había avecindado en Valladolid; María que meditaba cada palabra que no entendía, cada acción que contemplaba en el libro de la infancia de su hijo, tal y como se abre ante nuestros ojos en el retablo de esta iglesia de Santa María de Mediavilla; después de que su prima la llamase bendita entre las mujeres y la criatura de Isabel, Juan el Bautista, patrono de esta ciudad, saltase en el vientre de su madre. Y así Jesús, nació lejos del bullicio, en el paraje que encontraron sus padres porque en la ciudad no había sitio en la posada y ella toda, estaba plagada de mercaderes, cambistas, banqueros, artistas y artesanos que laboraban las mercaderías más diversas y lejanas en esta India Chica. Allá a unas pocas leguas, en un lugar llamado Castilviejo, la Virgen dio a luz al Hijo, espacio pues de la madre que cuida y protege, espacio para acudir en su rogativa, lugar gozoso de la naturaleza para la leyenda de su patronato... Virgen de Castilviejo, alejada y un poco escondida.

*«Él hizo proezas con su brazo
dispersó a los soberbios de corazón,
derribó del trono a los poderosos
y enalteció a los humildes,
a los hambrientos los colmó de bienes
y a los ricos los despidió vacíos»*⁶.

Esta es la naturaleza de nuestro Mesías crucificado, aquel que hizo a sus primeros apóstoles pescadores de hombres. Uno de ellos, Santiago el Mayor, conocido en esta tierra solemnemente como «Santiago de los Caballeros», cuya madre, la de los Zebedeos, desde el retablo de su iglesia, solicita al Señor que sus hijos se sentasen en su Reino, uno a su derecha y otro a su izquierda. Ella no entendió, como tantos otros, que el Reino que anunciaba Cristo no era de este mundo. No lo entendieron cuando se durmieron y le dejaron solo en el huerto de los olivos y solamente le acompañó el ángel. No lo entendieron los que se burlaban de Él en el castigo romano de la flagelación, con posturas chulescas, con flagelos de espinos en las manos, mientras Él, con gesto dulce, se abrazaba a la columna de colores de jaspe. No lo comprendieron cuando se quedó sólo, expuesto a la compasión. Menos se lo imaginaba Pilato cuando lo presentó al pueblo desde el atrio de la iglesia de Santa Cruz, en un intento por salvarlo, no porque manase de él un sentido de justicia sino porque tuvo compasión; apoyado el tribuno con la mano en la barandilla mientras Jesús permanecía sentado, envuelto más que vestido, por una túnica morada, coronado de espinas y sujetando una caña que a modo de cetro se la habían clavado en las manos.



El Norte de Castilla, 15 abril 1906.

No lo entendieron tanto sayón que le arrastró por las calles, por las rúas de este Rioseco, anunciando su paso con trompeta, o castigándole en su costado a pesar de sus caídas; verdugos que tenían motes entre los vecinos, con bocas desdentadas y fieras, muecas desde los andares, captados por los imagineros, retratados entre los pícaros y el hampa, nacidos en la prosperidad y

nutridos en la pobreza, desde la vocación teatral de su siglo. O aquellos feroces que barrenaban la cruz y le desnudaban pensando que se iban a sortear su túnica de una sola pieza. Ni siquiera se percató de ello aquel labriego que venía de Valdescopezo, de Castilviejo o de Villanueva de San Mancio, llamado Simón y que le cogieron a la fuerza para evitar que el Nazareno no muriese entre los soportales por el peso de la cruz y del castigo, antes de llegar al Gólgota de la ciudad. Solamente, las cosas empezaron a cambiar cuando Longinos traspasó su pecho y costado, envalentado sobre la grupa de su caballo, rodeado de otros tres esbirros, saliendo al punto sangre y agua; después de que el ya crucificado gritase con fuerza que su Padre le había abandonado. Para evitar la escena, uno de los verdugos se ocultaba la mirada con la mano, apartándose de la crueldad en la que todos habían participado. Entonces, el legionario exclamó que aquel era verdaderamente el Hijo de Dios.

Eso ya lo sabía María al pie de la cruz, la Dolorosa que muestra al pueblo todos sus sufrimientos, reunidos en siete cuchillos, rota y traspasada, sin encontrar posición para derrumbarse. Antes había permanecido de pie, sujetando un pañuelo entre las manos –Virgen del pañuelo como la conocían en Rioseco–, retratada con unción y patetismo por uno de los cronistas llamado Tomás de Sierra, que contemplaba la escena a lo lejos. Aquella Madre era bien diferente a la que esperaba feliz a su hijo en el embarazo. Y ambas, la gozosa por el nacimiento, la dolorosa por el martirio, buscaron entre los soportales de Rioseco a Jesús, y soñaron con Él. Recordaba María cómo había visto a su hijo, desde el balcón entrando en la ciudad, a lomos de un borrico, por debajo de aquel Arco de Ajújar, gritándole las gentes:

*«Gloria, alabanza y honor
gritad ¡Hosanna! y haceos
como los niños de Rioseco
al paso del Redentor
Gloria, alabanza y honor
al que viene en el nombre del Señor»⁷.*

Pero María intuía ya lo que iba a pasar y sujetaba en sus manos una pequeña cruz, desde aquel balcón de Ajújar, cuando Jesús se giró al verla y se arrodilló ante su presencia en medio del júbilo:

*¡Portones!, alzad los dinteles
que se alcen las puertas eternas,
va a entrar el Rey de la gloria,
héroe valeroso y Dios de Israel!⁸*

Entonces, lo proclamaban Mesías y ahora, apenas unos días después, está ya crucificado. Las mujeres... esa Verónica que envalentonada rompió las filas de los bien pensantes y se abalanzó para limpiar su faz de sudor, de sangre, de sufrimiento, quedándose con su verdadero rostro... las mujeres, las que se atrevieron a llegar hasta la cruz, a los pies del condenado, sin temor a ser pisadas por la soberbia del caballo de Longinos. «Pater, in manus tuas», en tus manos, porque Cristo, el Jesús de la Pasión, de mirada dulce, el cordero llevado al matadero, está solo desde la cruz, iluminado por la luz de las antorchas convertidas en faroles. Solo, con sus palabras, palabras de oración: Santo Cristo del Amparo, Santo Cristo de los Afligidos, Santo Cristo de la Paz, Santo Cristo de la Clemencia... las palabras de Cristo gritadas y resonantes por los Montes Torozos. Y así, su cuerpo castigado, se siente balanceado por los que le portan, contemplado por tantas miradas: «si eres el Hijo de Dios, bájate de la cruz». Cristo de la Pasión... Padre en tus manos, en tus manos encomiendo mi Espíritu; letra repetida, proclamada desde la música escuchada en el Calvario, nacida de Pablo Toribio, cuando junto a la cruz, entre la crudeza de las miradas, sólo se intuían partituras de muerte.

Y es que en aquel Gólgota de Rioseco, mientras los sayones comían aceitunas negras con pimentón y escabeche, las mujeres permanecían a los pies de la Escalera para recibir su cuerpo, atravesadas por la saeta de verle muerto, custodiadas por Juan, todos ellos con una Lágrima, convertida en marcha fúnebre de sus pasos... la Lágrima que contuvieron aquellos que le seguían en secreto: José de Arimatea y Nicodemo, discípulos tan en secreto que todos los años sortean el umbral del marco de la Capilla de los Pasos Grandes, gracias a las manos de los que le siguen con la careta descubierta, de aquéllos que cargan sobre sus hombros con orgullo el castigo del Mesías, después de haber untado sus manos con la tierra del Corro de Santa María y habérselas frotado con resina, fórmula secreta de agua bendita procesional. Ya lo dijo aquel contemplativo de la Pasión de esta Jerusalén del Rioseco: «pasan los Pasos y los llevan los mozos». Mozos arengados por el cadena como quien va a entrar en combate. Mozos rezadores, oidores de las órdenes que reciben... mozos... a la mano; mozos... a la sangría; mozos... al hombro; con el cuerpo de Cristo en el tablero de la Escalera.

Y así, después de ponerlo en brazos de su madre, que lo esperaba con Piedad, con los brazos abiertos, lo condujeron al sepulcro, allá en lo alto, en el camino de Villanueva de San Mancio, y ella al volver, se detuvo sola, delante del crucero de la iglesia de Santiago que marca el camino, de pie, alta y espigada, enlutada, agarrándose un dedo con el otro, mirando al corazón del suplicio, con un dolor sereno.

Y pasó el sábado. Las luces que artificialmente iluminaban la ciudad se fueron apagando. El sol hacía su lectura sobre los pórticos platerescos, sobre la piedra que reflejaba su grandeza. Los soportales paralelos de la calle Mayor estaban vacíos de las gentes que buscaban su arropo del frío, el sol o la lluvia. Los postes de las columnas con basa de piedra permanecían helados, con salpicaduras de sangre de aquel camino del Calvario ya sucedido. Las iglesias que cuentan en sus retablos esta historia, recibían por sus ventanales los primeros rayos de luz de la mañana de Resurrección, en ese tiempo de los encuentros para el que no se necesitan palabras, ni confirmaciones de evangelista. Jesús había resucitado y su madre corriendo fue a buscarlo, tropezándose con el velo negro que las gentes le arrancaban a su paso y que se enganchaba entre las piedras. Las campanas de la torre de Santa María, giralda de los Montes Torozos, le marcaba a la madre el camino con sus toques de gloria: «¡Torre de Santa María! ¡Vigía de auroras! ¡Jaculatoria de piedra! ¡Espiga de la paramera!» según la definición Godofredo. Atrás quedaron los sonidos del Pardal que anunciaba el paso del condenado. Atrás quedaba el tapetán, sonido del martirio en manos de los niños, debajo de los pasos en cada poso, hasta la llegada al Calvario. Atrás quedaba la marcha fúnebre de la Lágrima, deslizándose en cada una de sus notas, por las mejillas de las gentes de la ciudad. Cristo ha resucitado riosecanos... ¡Oído ahí! Es primavera en esta tierra de los Almirantes, Semana Santa de la eternidad del alma.

* * *

Y así, esta historia de la salvación en Rioseco, se cumple en los capítulos del Evangelio de sus retablos, de sus devociones, de sus tradiciones, en la oración de las gentes sencillas que laboran en el campo y cuidan sus ganados, que ante la ausencia de agua acuden a la madre en Castilviejo y la traen en rogativa acompañada de su Hijo crucificado para que éste no se cele en la consideración hacia la madre. Es la historia de la salvación de ese trigo convertido en harina, en oro blanco y transportado en barcas, como ese mar de Galilea, Canal de Castilla, en el que Cristo pedía a sus discípulos que echasen las redes. Y Dios se queda entre las mujeres y los hombres, presente cada día en el sacramento de la Eucaristía, alumbrado en procesión por las calles de la ciudad en el domingo del Corpus Christi, en esa custodia de Antonio de Arfe, en esta tierra donde jugó la conocida como la «Loca del Sacramento, embriaga del vino celestial», doña Teresa Enríquez.

Es la historia de la salvación en Rioseco, en sus cofradías, en la manera que tuvieron de plasmar los sufrimientos de Cristo en la cruz y de su madre, desde la vida cotidiana del trabajo y de la familia, en la necesidad de ayudarse unos a otros como hermanos, en las inseguridades de aquella socie-

dad, donde todo se percibía como irremediablemente caduco, desde el nacimiento a la muerte. Frente a los ritos de una liturgia contemplada lejana e inaccesible, los castellanos supieron construir su propia liturgia de la vida, en lo cotidiano y en los tiempos santos; liturgia en la enfermedad, liturgia en la muerte, liturgia en la confianza de un Dios que carga con la cruz. Los pasajes narrados por los Evangelios en lenguas arcanas que no comprendían, los buscaron en el abecedario de la madera y se sirvieron de los imagineros, de los grandes escultores, que no solamente trabajaban para prosperidad de sus talleres, debiendo tener cada día el Pan nuestro sobre su mesa, sino también tallando desde los latidos de su alma cristiana, en una sociedad sacralizada, a golpe también de contrato exigente de cofrades, pues el que paga manda: maestros como Rodrigo de León, Pedro de Bolduque, Juan de Muniátegui, Francisco del Rincón, Andrés de Olivares, Tomás de Sierra, Antonio Martínez, Francisco Díez de Tudanca, Juan de Ávila, Mateo Enríquez y más recientemente Dionisio Pastor, Vicente Tena, Claudio Tordera, José Ajenjo Vega o Ángel Martín.

Liturgia del cofrade en el alumbrar a Cristo sufriente, liturgia del cofrade en la disciplina, liturgia del cofrade en el corral de comedias cuyas tablas desgastadas por actores servían para mantener hospitales de socorro, casas de acogida ante enfermedades que se sentían impotentes de erradicar. Así también es la historia de la salvación de los cofrades, de los antiguos de la Vera Cruz, Quinta Angustia y Soledad, y Pasión... tres ríos de devoción que han legado a la ciudad su Semana Santa, conservada por siglos dentro de vasijas de barro, debiendo hacer frente al paso de las modas, de las exclaustaciones, de las guerras y de las prohibiciones. Rioseco siempre supo permanecer con su Semana Santa porque sin ella no habría sabido existir, no hubiese podido ser igual.

Sí, Rioseco es liturgia permanente de Pasión, a su estilo, en su lenguaje, con el trascurrir de los siglos, con el peso de la tradición que hace familia, brota de la tierra, dibuja eternidad. Son los sonidos transmitidos, cuando el alma y la sangre es la que toca la corneta del Pardal y llama en el tiempo de la historia a la celebración; Pardal Trompetero, transmitido de padres a hijos, como herederos de aquellos alguaciles que precedían a los reos condenados a muerte, con los tambores y clarines, sonido antiguo que demostrará distintos dramatismos en otros lugares de esta tierra de Castilla marcada por los Merlús y Barandales zamoranos, por los tararús palentinos.

Es el momento de congregarse, de salir de las casas de cada cual, de vestir la túnica que nos llevará no solamente a desfilar ante las autoridades y por las rúas, a congregarnos como gremios, sino a encontrar la eternidad, como a todo cofrade le gustaría, bien planchada y almidonada la túnica por

las manos celestiales de Santa Clara. Terciopelo morado y negro, túnica de lienzo blanco de los Viernes Santos, pañuelo anudado al cuello, careta con la que ocultar penitencias y pecados. Camino del cofrade por la ciudad, bien iluminado, con los faroles labrados artesanalmente, como todo lo que merece la pena en la vida de estos pagos.

Semana Santa conocida desde que el niño se encuentra en el vientre materno y salta de alegría cuando escucha los sonidos del condenado; cuando a la salida de la Dolorosa del Jueves Santo Pablo Magdaleno, desde el tiempo de la historia, interpreta «Madre Santa»; cuando el riosecano reconoce esas otras marchas foráneas: Nuestro Padre Jesús, Mater Mea o la Saeta; o el niño que sabe que los aplausos, después de cargar el paso sobre sus hombros, van a acompañarlo siempre. Por eso, los pequeños riosecanos juegan a ser cofrades, pero no en la habitación de su casa, sino en sus calles, sin necesidad de ocultarse, apartándose los coches incluso ante aquellos que, en cada estación del año, discurren por Lienzos, Pozo, Cueros, Mediana, Huesos, Cantareros, Ciegos, Doctrina o Ronda de Santa Ana. Ensayan para su vida adulta de cofrades y riosecanos, que casi es lo mismo, buscando también los trayectos habituales, a la sombra de sus iglesias catedralicias, deteniéndose en sus corros, desembocando en la Rúa Mayor para bailar el tablero con solemnidad, ante la mirada de los vecinos asomados a los balcones, sin asombrarse aunque con orgullo. Pasaba una procesión infantil cuando el sol estaba en lo más alto, el calor apretaba y la población dormía la siesta pero nadie se extrañaba puesto que en Rioseco, la Pasión no es una Semana. Niños, protagonistas de un futuro, niños que en los colegios usan el lapicero para tapetán sobre las mesas de sus clases. Así se entiende el aprendizaje de los futuros cofrades.

Y el servicio al paso, representando a la hermandad todo el año... los mayordomos, en esos refrescos y desayunos donde se produce el dulce reencuentro con los hermanos. Pero mucho más, el orgullo de toda una vida esperando que llegue el momento de ostentar con satisfacción ese oficio. Llega, pues, el instante de la procesión con el paso, grabado en el corazón, preparado, cuidado, vestido con atención hasta que Cristo, agonizante en el huerto, busca el consuelo entre las ramas del árbol donde el ángel le ofrece el cáliz. Las imágenes saben cuándo están preparadas para salir a las calles y de esta manera Jesús, al contemplar que el paso está bien vestido, sonrío y en sus labios se lo muestra a los hermanos que le preparan, en un ritual aprendido desde la infancia, como lo narraba el recordado Vicente Martín, con la ingenuidad de los hombres que hablan con el lenguaje del alma. Es cariño de muñidor; o de la ermitaña, Pilar Legido, que visita a la Virgen de la Cruz, para que no se aburra de esperar a su hijo en Ajújar.

¡No les decía yo! Es el Rioseco de los ritos, ajustarse el cingulo propio o besar el de la túnica del Nazareno de Santa Cruz, el cordel en el hombro para medir, los niños en brazos de los padres o con las manos entrelazadas en el desfile de gremios, una voz y un golpe seco, arrodillarse ante el tablero y rezar por los que nos han precedido, por los que un día llevamos a nuestro lado y con los que obedecemos la voz del cadena y ahora han partido a la última y definitiva procesión. Muchos son los que tenemos grabados en nuestros corazones, aquellos que escucharon la llamada y cargaron sobre sus hombros, y sin pensárselo dos veces, a un Dios que ya no era madera sino amor verdadero.

A la procesión del cielo le precederá la de la tierra, culminación con otro ritmo y lenguaje de lo sacramental. Los hermanos llamados en lista, los valientes, los compañeros del bendito martirio de llevar el paso; el recogerse la túnica, la medalla sobre el tablero y la conformidad en su puesto. Y el cadena del Longinos, con solemnidad de general romano, saldrá al corro de Santa María y con voz potente exhortará al director de la Banda para que todo el mundo le oiga: «Música maestro que va a salir Longinos»... Pero no será menos importante el cofrade que tomará el farol e iluminará el camino para que Cristo con la cruz a cuestas, Nazareno de Santiago, coronado de espinas y con la mirada ensangrentada pueda saber el discurrir de las calles intrincadas.

Y la procesión avanza y entra solemne por esa Rúa Mayor convertida en carrera privilegiada de la Semana Santa de España. Desde los balcones prolongarán los brazos para tocar los de la cruz. Y así las mozas casaderas, desde otro tiempo, buscarán el pie de José de Arimatea para culminar las intenciones y el compromiso matrimonial. Y la música de las horquillas golpeará los adoquines de la ciudad y ésta se asomará como balcón a su paso por Santa Cruz, donde contemplamos la historia de las reliquias del sagrado madero, buscadas por Santa Elena, tradiciones contadas al pueblo en la fachada del clasicismo de Castilla, aquella que recuerda a la Roma de los Papas y de los cardenales, aunque de esto de cardenales también entiende Rioseco. Y en el baile del paso, así como las imágenes son zarandeadas sobre los tornillos que les sujetan al tablero, las almas de los riosecanos se verán sacudidas en este momento, el más importante de todo el año, cada Jueves y Viernes Santo, como lo contemplé sorprendido por vez primera, cuando tenía doce años.

La bóveda del cielo se ha ido oscureciendo, manteniéndose continua como las que sujetan las naves de Santiago, limpias de nubes Dios lo quiera, enseñando la primera luna de la primavera, la luna de la cruz y no de las flores, la luna de los flagelos y de las espinas, la luna de la historia particular de cada uno con su fe, de la tradición, del reencuentro con aquello que les une por encima de todo: la luna que llamará a todos los riosecanos de la diáspora a volver a su tierra, para unirse como Natividad de prima-

vera, en torno a la mesa puesta con un mantel de generaciones. Algunos querrán preguntarse si esto es fiesta, folklore, religión o tradición... ¡qué más da! La Semana Santa son las cosas de Dios para con Rioseco... ¡oido ahí!, la manera en que habla Cristo desde la cruz para recordar que esta ciudad necesita del cielo para que todos la conozcan. Y tras arrodillarse ante la Madre, ésta se llevará los últimos piropos de las procesiones del Mandato y del Dolor, la emoción de saludarla casi como un ángel mensajero «Dios te salve reina y madre»... ante la Dolorosa, ante la Soledad.

Después de haber vivido la procesión, llegará el tiempo de la hermandad, aquellos fornos tan barrocos como las cofradías y los pasos, criticados por los ilustrados que no entendieron nunca en aras de una religiosidad sincera lo que significaba religiosidad de un pueblo, que no probaron el flan de huevo de la cena de la Desnudez ¡Qué iban a comprender ellos! Es el triunfo sobre la casuística de la norma y del precepto y que hoy, en tiempo de necesidad, puede volver a tener el sentido de hermandad con el que nacieron hace varias centurias.

El cofrade está en espera ya, aletargado por las emociones, como los soldados que custodiaban el sepulcro de Jesús. El cofrade sabe que la cruz no es el final, conoce la resurrección, existe por la resurrección, sale en procesión aun sin percatarse de ello porque el Dios agonizante, flagelado, presentado al pueblo, nazareno con la cruz, desnudado, crucificado, traspasado, descendido, enterrado y llorado, ese Dios ha resucitado. La Virgen saldrá también a su encuentro y Él —Cristo Resucitado—, repleto de vida, bailará desde su pequeña estatura ¿Saben por qué nuestros mayores lo hicieron así? Porque para creer no necesitaban ver y no pensaban que fuese menester meter los dedos en sus llagas.

Este, el de la vida, es mi auténtico pregón. No conmemoramos el centenario de ninguno de nuestros ilustres. Celebramos el triunfo sobre la muerte y el sufrimiento. Celebramos esa sonrisa de Dios cuando nos escondemos detrás del olivo, como en la Oración del Huerto. Y así los riosecanos seguirán hablando de Semana Santa, prepararán ya la del siguiente año y nada habrá acabado cuando depositen su paso en el Museo de Semana Santa o cierren las puertas de la Capilla del corro de Santa María. Existirá siempre un padre o una madre, con su hijo o su hija, unidos por la misma túnica y careta, caminando a la sombra de Santa Cruz, retratados con amor de imaginero por el escultor Angel Martín: eslabones de generaciones ininterrumpidas, fundidas en bronce, como fundido en el corazón del riosecano se encuentra su Semana Santa.

POR ELLO, *bajo la protección de María con la advocación de Castilviejo, patrona de la ciudad, con licencia del Reverendísimo arzobispo de Valladolid y en su representación del señor cura párroco de estas iglesias parroquiales de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, con la venia del señor corregidor de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de los Almirantes para ocupar las calles con manifestaciones de religiosidad que el pueblo, fiel a sus tradiciones tiene por bien hacer, HAGO SABER por comisionado del VARA MAYOR que preparados los cofrades de las diecisiete hermandades en sus almas, comenzará la conmemoración de la Sagrada Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo en la mañana del Domingo de Ramos, 24 de marzo, continuando con solemnes celebraciones litúrgicas que se desarrollarán en este templo parroquial, amén de importantes procesiones que recorrerán sus calles, portando los hermanos sobre sus hombros bellísimos pasos, encargados, tallados y entregados por los más grandes maestros de la escuela escultórica de Castilla. Solicito a los cofrades que tengan contritas sus conciencias y se hallen dispuestos a la oración y penitencia; ataviadas sus túnicas y caretas, bien bruñidas las medallas de sus hermandades que colgarán devotamente sobre su pecho; preparados los tableros y convenientemente tallados los que los portaren; bien dispuesta la cera y encargada la música para alumbrar a sus sagrados titulares; se encuentren atentos a los avisos y congregaciones del Pardal para disponer un ordenado desfile de los gremios; así como hospitalarios con aquéllos que oyeren esta proclama que realizo y se hallasen dispuestos a traspasar las puertas de la ciudad y asentarse en estos días grandes en las casas de la misma. Hagan pública esta buena nueva que les doy, guardándoles Dios muchos años.*

Y para que esto sea firme y estable, he proclamado esta carta con sello de cera colgado, en esta iglesia parroquial de Santa María de Mediavilla, en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Medina de Rioseco, ante las autoridades, señor corregidor, cura párroco, vara mayor, mayordomos, varas de las hermandades, cofrades, ciudadanos y pueblo fiel, en los primeros días del pontificado de Nuestro Santo Padre, obispo de Roma...; en el trigésimo séptimo año del reinado de nuestro muy noble y honrado Señor, Don Juan Carlos Primero el Rey, a veintitrés días andados del mes de marzo, dos mil trece años. ALABADO SEA EL NOMBRE DE JESÚS.

NOTAS

¹ *El Norte de Castilla*, 15 abril 1906.

² Godofredo Garabito Gregorio, «La Piedad en Rioseco», en Medina de Rioseco, *Semana Santa 2012*, n.º 25, p. 34.

³ Javier Burrieza Sánchez, *Civitas Domina*, Valladolid, Ayuntamiento, 2009.

⁴ Francisco Javier Martín Abril, «A la espalda de Cristo», en José Delfín Val y Francisco Cantalapiedra, *Semana Santa en Valladolid*, Valladolid, 1974, p. 42.

⁵ Liturgia de las Horas. Antífonas de la O, cantadas por la Iglesia en el Magnificat de las Vísperas, entre el 17 y el 23 de diciembre.

⁶ Magnificat, Lc. 1, 51-53.

⁷ *Gloria, alabanza y honor*, Francisco Palazón.

⁸ Salmo 24, 9-10.

JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ

Iglesia Santa María de Mediavilla

23 de marzo de 2013

Eedita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

